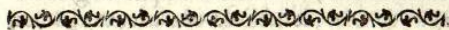


del Divino Amor, y con tan excesivo dolor de sus pecados, que acabando el Sermon faliò fuera de sí por las puertas de la Iglesia, clamando, y llenando el ayre de voces, bañados en lagrimas los ojos, pidiendo à Dios misericordia, confesando publicamente sus pecados, y alcanzando en breve tiempo la alta ciencia del desprecio de sí mismo, se arrojaba por el suelo, dabale con la cabeza por las paredes, arrancabale las barbas, y las cejas, dando saltos, y corriendo, y prosiguiendo con las mismas voces, se entrò por la Ciudad haciendo tales estremos, que le tuvieron por loco, y como à tal le gritaban: llegò, seguido de los muchachos, y de la inculta plebe, à su posada, comenzò luego à cumplir el arduo consejo Evangelico de dexar todas las cosas, y pobre seguir à Christo pobre: miren si estaba en su sesto. Sacò al punto el dinerillo que tenia, repartìlo à los pobres, diò luego tras los libros, y con un fauto furor arremetiò à los de cavallerias, y profanos, hizolos pedazos con las manos, y los dientes (lo mismo hiciera con los de comedias, si entonces los huviera) y los de espìritu diò à los primeros que por Dios se los pedian, y como siempre hay muchos à recibir, en breve se hallò con solo el vestido, despojòse de este, y diòle, quedò con solos los calzones, y camisa: yà de todo punto pobre, desnudo, y descal-

zo, y sin sombrero, volò por las calles de Granada, dando las mismas voces; y seguido de la importuna quadrilla de muchachos, llegò à la Iglesia Mayor, y arrodillado delante del Santissimo Sacramento, y atravesado del dardo del dolor de sus pecados; dando dolorosas voces, decia: Dios mio, misericordia, Señor, misericordia, apiadaos de este gran pecador, que os ha ofendido; y arrancandose la barba, y dandose de bofetadas, y golpes, no cessaba de llorar, y dar gritos, y pedir à Dios perdon de todos sus pecados.



## CAPITULO XIV.

LLEVAN AL BEATO JUAN DE DIOS  
à la posada del Venerable Maestro Avila, y lo que  
con él passò.

**A**Y dos maneras de contricion, y dolor de pecados (dice tratando de este suceso el doctissimo Maestro Fray Luis de Granada) una comun, y ordinaria: otra extraordinaria, qual fue la de la Magdalena, que entrò en medio del dia, al tiempo que el Salvador estaba à la mesa con el Fariseo, y otros combidados, sin hacer caso de tantas cosas como havia que mirar, porque la violen-

cia del dolor cerrò los ojos à todo : de este principio nacieron los estremos que vemos en Juan de Dios, cosa rara, y que se ve pocas veces.

Algunas personas cuerdas, condolidos de lo que veian hacer, juzgaron que no era aquella de todo punto locura : levantaronle del suelo, y con palabras blandas, y amorosas le llevaron à la posada del Maestro Avila, por cuyo Sermon se havia convertido : contaronle lo que havia pasado despues que saliò de la Hermita. Hizo salir la gente fuera de la pieza, quedaron los dos solos, y el bendito Penitente, arrodillado à los pies del gran Ministro de Dios, le habló de esta manera : „ Señor, „ y Padre mio, veis aqui al mayor de los pecadores, que en este mundo sufre la Bondad Divina: „ Veis aqui al que à mayores misericordias opuso „ mas declaradas ofensas, correspondiendo à favores con pecados : aqui està el mas ingrato que „ sustenta el suelo, y que mas ha resistido à las „ divinas inspiraciones, à los soberanos llamamientos ; de esta verdad serà prueba la breve relacion, que harè del desvaratado empleo de mis „ años ( diòle cuenta de su vida, desde que tuvo „ uso de razon, hasta aquel punto : remató así „ Pudiera, Padre mio, desesperarme, sino supiera que era mayor infinitamente la misericordia „ de Dios, que mi malicia, y que mas le ofendie-

„ ra

„ ra si desesperàra, confio, que no le ha de faltar „ piedad, prendas son este dolor, este reconocimiento de su gran misericordia, que ha de estenderla à este vilisimo pecador ; y pues fuisteis „ el medio de mi conversion, suplicoos, que seais „ el medico de mi enfermedad : aqui estoy à vuestros pies, tan obediente como si estuviera à los „ de Dios, porque os tengo por Profeta, y Embaxador suyo : seguirè lo que me mandaredes „ hasta la muerte, como si lo ordenara el mismo „ Dios.

Alegròse en el Señor el santo Maestro Avila con el nuevo hijo que le embiaba. Admirò tan al principio tan adelantado espiritu, y tan grandes muestras de contricion en el nuevo penitente. Dixo : „ Esforzaos, hermano Juan, en Christo Redemptor nuestro : confiad en su misericordia, que „ le costasteis mucho : toda su Sangre es vuestra, „ derramada con un amor infinito : esperad, que el „ que comenzò la obra la llevará hasta el cabo: „ sed fiel, y constante en lo que comenzasteis, no „ bolvais atrás, ni os dexéis rendir del enemigo. „ Sabed, que los que constantes pelean hasta el fin, „ como buenos Cavalleros, en la Milicia del Señor, triunfaràn con èl eternamente en la gloria; „ empero los que cobardes se bolvieron las espaldas, „ caeràn en manos de sus enemigos, y pereceràn „ con

con ellos para siempre: estad animoso, que estas misericordias prometen grandes aumentos. Dios es sumamente bueno, no faltò jamàs al que de veras contrito aborrece su pecado, y con verdad le busca, y se entrega à su servicio. En esta nueva milicia ha de haver tentaciones, y trabajos, que suelen suceder à los que comienzan à pelear las batallas del Señor; mas animaos, que no os ha de faltar su Magestad piadosa. Aquí me teneis por vuestro, venios à mí, que sabiendo los golpes que mas os dieron pena, y las assechanzas con que mas os combate el enemigo, con la gracia, y favor de nuestro Señor, llevareis medicina saludable, con que se cure vuestra alma; y nuevas fuerzas para pelear con vuestros enemigos. Id enhorabuena, con la bendición de Dios, y con la mia, que yo confío en el Señor, que no os será negada su misericordia, y os recibo por hijo, y os ofrezco mis oraciones, y amor.

Saliò Juan de la presencia del Varon de Dios grandemente consolado, y animoso, y prosiguiò de nuevo su locura, haciendo mas desacostumbrados extremos. Por ventura este suceso es el que en el discurso de la vida del Venerable Maestro Avila descubre mas la gran sabiduria, de que estaba enriquecido este Varon del Cielo, y aquella

ciencia, ò don de discrecion de espiritu, de que escriviremos adelante? Por que, si hablò tan en juicio, y conociò la obra de Dios en el nuevo penitente, el conocimiento, y dolor de sus pecados, como le confintió que bolvièsse à hacer locuras? Quièn no dixera, que un Yermo, que un Hospital, ò Monasterio asseguraban aquel arrepentimiento, comunes Oficinas de la penitencia? No palsò asì, antes en saliendo de la casa del Maestro, fue corriendo à la plaza de Vivarrambra, rebolcòse en el lodo, y en presencia de multitud de gente, decia quantos pecados le venian à la boca, alquero-fa con el cieno, diciendo, que era un traydor, y merecedor de mayores ignominias, y con este mismo furor corria por las calles de Granada, acosado de lo mas vil del Pueblo. Demàs de que siendo cuerdo, como podia sin pecado fingirse lo que no era, y si no puede honestarse el mentir con las palabras, mucho menos con los hechos.

Conociò el sapientissimo Maestro el espiritu de Dios, que gobernaba à su Juan, y no ser nuevo estas locuras fingidas en los grandes Santos, que para alcanzar la importante ciencia del desprecio de si mismos, y que los tenga en estimacion vilissima, han buscado estas disimulaciones, con que encubren los dones, y misericordias divinas; y en Juan de Dios, demàs de esto comenzò un nue-

vo genero de una rigurosa, y pocas veces vista penitencia, puerta comun para las grandes fantidades, porque viniendo à parar à la casa de los locos, no tomaba las disciplinas de su mano, sufrió el furor, ò enojo de los ministros del Hospital, que no les piden para el oficio mas ciencia, que tener muy bucnas fuerzas: eran los azotes rigurosos, y continuos, la comida el asco de un Hospital: el retiro, y soledad un aposentillo, ò jaula: el credito casi irrecuperable, pues raras veces sana la opinion el que la ganó de loco. Reduxose al mas abatido puesto, à que no podia alcanzar el discurso humano, no alumbrado del Cielo: habilidades del Amor Divino. Estàn llenas las Historias Ecclesiasticas de Varones, y mugeres Santos, que fingieron la tontería, y locura, llenos de fábnduria verdadera, con altísimos fines. Santa Donna Virgen, no hizo menores extremos que nuestro Juan, porque la tuviesen por furiosa. Santa Isidora Virgen, se fingió tonta, sirviendo como tal en la cocina de un Monasterio de Monjas. Simon Salo, que quiere decir loco, siendo Varon sapientísimo, le tuvieron por simple; y otros muchos, cuya fantidad aprobó el Cielo con milagros. Este espíritu, esta vocacion altísima penetró este sapientísimo Maestro en el santo Juan de Dios, y que le gobernaba una mocion superior. Sabia bien,

bien, como docto, que los hechos que no son de suyo malos, ni en perjuicio de otros, el fin les dà bondad, ò malicia, y como los que pretendia el bendito Juan de Dios, eran tan altos, no solo huvo que temer culpa; mas esperar se un grande merecimiento. Fueron estos unos principios, raras veces vistos de una fantidad heroica. Es grande la diferencia, como dicen los Theologos en el mentir de palabra, ò dissimular, ò fingir otra cosa con el hecho, que esto es licito, con la circunstancia que hemos dicho de la intencion, ò fin con que se hace.



## CAPITULO XV.

*EMPIA EL VENERABLE MAESTRO  
Avila à visitar al Beato Juan de Dios, y lo demás  
que pasó con él, un sumario de las virtudes  
de este Santo.*

**L**OS titulos de las caxas, botes, y redomas de la botica de un Hospital de locos se reducen à uno solo. El loco por la pena es cuerdo. Esta medicina aplicaron al bendito Juan de Dios sobradamente, como es de tan poca costa: èl la admitia humilde en satisfaccion de sus pecados, y

como con el amor le parecian tan grandes, reprehendia à los ministros del Hospital de su descuido en curar los pobres, con que los irritaba, para que los azotes fuesen mas cruels, y continuos, que las verdades, aun dichas por un loco, escuecen, y se vengán.

Luego que el Venerable Maestro Avila supo que su Juan estava preso por loco, y tratado como tal, se alegrò por una parte, viendo tales finezas de padecer por Dios: compadeciòse por otra viendo pruebas tan arduas en tan reciente espíritu: teniale por constante, considerabale tierno. Embióle à visitar con uno de sus discipulos, dixole: „Que se holgaba mucho de su bien, y que tuviese valor para padecer algo por amor de Jesu- „Christo, que le rogaba de su parte, que pucs en „algun tiempo se precìo de buen soldado, aora lo „pareciesse, poniendo la vida por su Rey, y Capi- „tan, que iba con el Estandarte de la Cruz delan- „te: que recibiesse con humildad, y paciencia los „trabajos que su Magestad le embiasse, que si „considerasse lo mucho que por su amor havia „padecido en su Pasion, qualquier tormento le „pareceria ligero: que se enlayasse para quando „saliesse por el mundo à pelear contra los tres ene- „migos, y que confiasse en el Señor no le desampa- „raria.

Que-

Quedò consolado Juan, y agradecido à la visita de su buen Padre, y Maestro, estimando se acordasse de èl en prison tan abatida, y tan olvidado de todos. Admirò su caridad, que tuviesse memoria de su vileza, embiandole à consolar en su trabajo, lloraba de alegria, agradeciò à Dios esta merced, respondiòle así: „Decid à mi buen „Padre, que Jesu-Christo le visite, y le pague tan „buena obra de acordarse de este su humilde es- „clavo, ganado por buena guerra, que me conoz- „por siervo malo, y sin provecho; mas que si no „se olvidare de mi en sus santas oraciones, espe- „rarè en la misericordia divina, que me ha de favorecer, que le suplique crezca en mi alguna „virtud, y el asegure el gusto de ver, que no perdiò en mi el fruto de sus trabajos.

El tiempo que durò en la prison el bendito Juan de Dios, le embió à consolar muchas veces el Venerable Maestro Avila, y por ventura, si no fue à verle en persona, seria porque no se entendiesse la inteligencia, que entre los dos havia, y que viendo à un hombre tan grave, y conocido discurrir con èl de espacio, se deshiciesse la traza. Lo cierto es, que le esforzò, y confortò mucho, sin desampararle jamàs.

Haviendo estado el Beato Juan de Dios en esta prueba tan dificultosa, el tiempo que pareció

con-

conveniente, se le dixo de parte de su Maestro, que bastaba la falsa opinion de la fingida locura, para conservar la humildad, y que aora convenia, que diese à entender, que estaba bueno; así porque no defacreditasse las virtudes, que Dios pudiesse en su alma, como tambien para que le pudiesse seguir à Montilla, para donde estaba de camino, para que alli mas de espacio trataisen lo que à sus cosas convenia.

Como la enfermedad se tomò de voluntad, no durò mas de lo que quiso el enfermo. Los dias que diò à la convalecencia sirviò à los pobres del Hospital, y con escrificación de salud, que le diò el Mayordomo, partiò à Montilla, flaco, roto, maltratado, descalzo, descubierta la cabeza: hallò al santo Maestro Avila, que le acogió con un amor paternal, en cuya compañía estuvo algunos dias, en que gozò de su exemplo, de su doctrina, y consejos, hizo con él una confesion general: trazaron el discurso de su vida, formòse aqui como en planta el sumptuoso edificio de las virtudes, y empleos de Juan, del todo de Dios, porque Dios quiso.

Partiò de Montilla à Guadalupe, à visitar aquel Religioso Santuario, y comenzar sus empresas con el patrocinio de Maria Santissima, como lo hicieron otros grandes Santos. Bolvió à Granada, pas-

fan-

fando por Bacza, donde à la sazón estaba el Venerable Maestro, no daba passo sin su acertada guía, fue grande el alborozo de hallarle: y havien-  
dole tenido consigo algunos dias, le dixo estas palabras: „ Hermano Juan, cumple que bolvais à  
„ Granada, donde fuisteis llamado del Señor, y el  
„ que sabe vuestra intencion, y desco os encami-  
„ narà el modo como le haveis de servir. Tened-  
„ le siempre delante en todas vuestras cosas, y  
„ considerad que os està mirando, y obrad como  
„ en presencia de tan gran Señor; y en llegando  
„ à Granada, tomad luego un Confessor, que sea  
„ tal qual yo os he dicho, y sea vuestro Padre es-  
„ piritual, sin cuyo consejo no hagais cosa que sea  
„ de importancia, y quando se os ofreciere cosa en  
„ que os parezca que haveis menester mi consejo,  
„ escrividme donde yo estuviere, que yo harè con  
„ vos en todo lo que foy à la caridad obligado en  
„ el ayuda de nuestro Señor.

Partiò à Granada, estuvo siempre dependien-  
te de su santo Padre, y Maestro, escriviale sus  
dudas. Dos cartas andan entre las del Venera-  
ble Maestro Avila, para el Beato Juan de Dios, la  
una comienza así: „ Vuestra carta recibì, y no  
„ quiero que digais, que no os conozco por hijo,  
„ que por ser ruin decis que no lo merecis; por  
„ la misma causa, yo no merezco ser Padre; y así,  
„ mal

mal podrè yo despreciaros à vos, siendo yo' mas digno de ser despreciado. Y otra de esta manera: Vuestra carta recibì, y no penseis que me dais pena, porque me escriuís largo, que como el amor es mucho, no puede parecer larga la carta. Exortòle en ambas à la perseverancia, y cautela en el tratar con proximos, en particular mugeres, y à que se aventaje mucho en el aprovechamiento de su alma. Iba muchas veces à Montilla à consultar, y confesarse con el Venerable Maestro, y antes de entrar en la Villa le embiaba à pedir licencia, diciendo: diganle al gran Maestro, à mi gran Padre, que aqui està aquel gran pecador Juan de Dios, que si le dà licencia le irà à ver: esperabala en el campo, descaperuzado muchas veces à lo ardiente del Sol. En teniendola, entraba en la Villa, consolabase con el, y consultaba sus dudas. El tiempo que le sobra ba gastaba en traer agua à cuestras de la fuente, y venderla por la Villa: lo que sacaba repartia à los pobres, ò daba el agua, si se la pedian por Dios. Tuvo rara veneracion, y respeto al santo Maestro Avila, y de su comunicacion tuvo grandes aumentos en su alma.

Estas fueron tan grandes, y correspondiò de manera à la vocacion de Dios, y consejos de su Maestro, que viò el mundo en este santo Varon extremos grandes, finezas nunca oidas del amor

de Dios; y de los proximos, de los mayores, que ha gozado la Iglesia en estos siglos.

Eloquencia divina, no rudeza humana, podia dar cabal realce à las alabanzas, à las virtudes, à las hazañas heroycas de este Varon admirable, de este hijo primogenito de la caridad christiana, rayo del divino amor. Con el precio de unos haces de leña, que traia del monte, comenzò en Granada à juntar, y regalar los pobres, con un fervor, y diligencia increíble.

Alquilòles una casa, donde juntò las miserias todas de los hombres. Al que las ardientes calenturas le tienen hecho un bolcàn continuamente. Al que salto de los principales miembros es tronco animado mas que hombre. Al otro hydropico, que con el vientre hinchado anda como de parto, de la muerte. Aquel podrido con la tiricia sobrevive à su cadaver. Este, cargado de llagas con tantas bocas, pide remedio para su necesidad. Otros, podridas las cabezas, y los miembros, es el destrozarlos su remedio. Del otro, lleno de males, se retira la medicina, por haver vencido yà todas sus reglas. El ciego, que vâ estendiendo la mano, y muchas veces clama donde no hay quien le oyga. El otro sin lengua, y mudo, no tiene con que pedir, pero ruega mas eficazmente, mientras no puede rogar. Si tuviera cien leguas, si cien voces,

pudiera apenas discurrir por los nombres de las enfermedades, que abrazaba la caridad de Juan. Llevaba en sus ombros los enfermos: en ellos regalaba à Christo, con sus miserias enriquecía: acompañado de este exercicio marchaba, y festejador de los pobres, y pretendiente con los necesitados se apreturaba al Cielo.

Haviendo gastado la mayor parte del dia en recoger, en regalar sus pobres, salía despues las noches à recogerles limosnas. Su trage de muchos años, fue un capote de jerga ceñido, unos zaraquelles de frisa, descalzo de pie, y pierna, rapada à navaja barba, y cabeza: no la cubrió jamás desde el dia de su conversion, en los ardientes Soles, en los yelos, alsistiese en Granada, ò caminasse. Traía un esporton al ombro, y dos ollas en las manos, que sustentaba con una foga al cuello, diciendo con voz tierna, y lamentable, que quebrantaba las mas duras entrañas: Hagan bien para sí mismos. Lo que aqui recogia llevaba à sus queridos hermanos, de cuyas almas cuidaba mas que de los cuerpos: hacia se confesassen, y recibiesen decentemente los Sacramentos. Quién podrá contar el numero de almas, que encamino al Cielo con un zelo ardentísimo? Y no sufriendo su caridad estrechuras, no havia necesidad en la gran Ciudad de Granada, cuyo remedio no corriese por su

cuenta. La viuda pobre, à quien los huerfanicos piden lo que no les puede dar. La doncella, cuya necesidad ponía pleyto à su honor. El enfermo, que en su apofentillo perece, por la verguenza de no verse en un hospital. El que fue rico, y con doblado dolor padece con la memoria de la abundancia pasada, y miseria presente, una continua mengua. El que anciano, solo le quedan fuerzas para padecer, y pedir. El pleyteante, que el caudal gastado viene à ser yà su principal interès. El Labrador perdido, tal vez de los continuos tributos. El Soldado destrozado. El peregrino, y innumerables mugeres, à quien sacò de pecado, y otras, porque no cayessen, fueron materia todas de la gran caridad de este Serafin abrasado, que imitador de la Divina providencia, así cuidaba de cada uno, como si fuera solo amparado.

Los Angeles del Cielo suplieron tal vez sus faltas, mejor dirè sus ausencias del Hospital, sirvieron à su Señor en sus pobres, en cierto modo embidiosos. (tal bien tiene servir los pobres de Christo) Este Señor gustò en su misma persona participar del agassajo de Juan. Lavaba los pies à los pobres que recibia; y un dia haviendolos lavado, y limpiado à uno (que siendo rico se hizo pobre por su amor) mas el pensò que lo era: yendo à besarlos viò en ellos una llaga resplandeciente, reclamo de su Se-



ñor: Alzó los ojos, y vió al rico de Cielo, y Tierra, que le dixo: *Juan, à mi se me hace todo el bien que en mi nombre los pobres reciben: Yo soy el que estiendo la mano para tomar la limasna que se les dà: Yo el que me visto de sus vestidos: Yo al que lavas los pies, quando los lavas à un pobre.* Con este favor quedò consolado, y animoso.

Quièn sobre su continuo trabajar los dias, y las noches, podrá desçrivar su penitencia: La alteza de su oracion, en que le vieron cercado de resplandores, las luchas con los demonios, el zelo de la honra de Dios, y de su gloria; sobre todo, su paciencia, muchas veces provocada de aquellos à quien hizo mayores beneficios, su castidad, su recato: Respetaronle los elementos: en el incendio del Hospital Real de Granada saliò libre de las furiosas llamas: las aguas en una isleta, que tuvo firme en Genil, mientras estuvo en ella llevandola luego que le saltaron sus pies.

Haviendo sus incessables trabajos traídole la enfermedad postrera, sabidor de su transito, se hincò de rodillas, abrazado con un Christo, y llamandole tiernamente, diò el alma à su Criador, quedando muerto hincado de rodillas, firme en aquella maravillosa postura, como el gran Pablo, primer habitador de los desiertos. Fue claro en milagros, y en el dòn de profecia; y aunque sus

virtudes nos hacian ciertos de su gloria, nuestro Santissimo Padre Urbano Octavo nos lo assegurò, declarando por Santo al fervoroso Limosnero. Enjugaronse las lagrimas continuas, que corrian de sus ojos por sus pecados, y ajenos, y aquel pobrecito humilde, que andaba roto, y descalzo por las calles de Granada, cargado de los enfermos, veneramos en Altares. El que trabajaba dia, y noche por sustentar al menesteroso, yà descansa en el Trono de la Gloria, alaba à Dios en los siglos de los siglos. Allí conversò con su santo, y buen Maestro: dàle agradecido gracias, porque así le governò, porque le incitò à que venciese. Recibid, glorioso Juan, este corto, y mal compuesto elogio; demotrador de un animo estimado de vuestros meritos, deseoso de cantaros alabanzas.



## CAPITULO XVI.

## PREDICACION DEL VENERABLE

*Maestro Avila en Zafra, y Estremadura,  
y sucesos que alli huvo.*

**P**asaron por Cordova el año de mil y quinientos y quarenta y seis, con ostentacion correspondiente à su grandeza, los Condes de Feria Don Pedro Fernandez de Cordova y Figueroa, y Doña Ana Ponce de Leon, señora de estremada virtud, y religion, que ha de ocupar adelante gran parte de nuestra Historia. Iban à vivir à Zafra, Villa principal del Estado de Feria, tenian gran amor, y estima del Venerable Maestro Avila, havia predicado una Quaresma en Montilla, y con la experiencia que sentian en sus almas de sus Sermones, y trato, con acuerdo del Cielo le embiaron à pedir se fuesse con ellos la Quaresma de aquel año à predicar à Zafra: vino en obedecerlos, sin embargo de la mucha contradiccion que le hacian sus discipulos, por la falta que havia de hacer en Cordova, ò en otra poblacion grande del Andalucia: determinò su jornada, que tan lucidos efectos tuvo.

Apo

Apo-

Apostentaronle los Condes en casa de un sacerdote honrado, donde guardò tan gran recogimiento, que aun en tiempos de calores excesivos no salia un punto de su aposento à tomar un poco el fresco, y respirar un rato, aunque se lo rogaba mucho el huésped: contabalo despues con admiracion muchos dias.

Con los Sermones, y comunicacion del Venerable Maestro crecian los Condes en religion, y virtud, à que dieron principio con una confesion general, que ambos hicieron con el. Exemplo de los Señores no solamente mueve à los criados, fuerza impele. Toda aquella familia hizo notable trueque en las costumbres, rara mudanza en la vida: hicieron confesiones generales, frequentaban Sacramentos con devocion, y afecto, en particular las mugeres, en quien con mayor facilidad entra la devocion, y persevera. Tres veces en la semana tenian ejercicios de penitencia en una sala particular para ello, y con tan gran rigor, que estaban las paredes salpicadas de sangre mas de vara en alto. Tenian señalados sus ratos de oracion: de las raciones que les daban, contentandose con una parte moderada, daban lo restante de limosna.

Fue señalada entre otras la mudanza de vida de Maria de Saavedra, persona principal (usaban-

se

se entonces pocos dones, aun en personas nobles) dexò las galas, que eran muchas, pùsose unas tocas largas, mortificacion no pequeña en pocos años: acompañò siempre à la Condesa de Feria, por gozar de la doctrina, y direccion del santo Maestro Avila, con quien se confesò el tiempo que residìo en Montilla, vivìo con notable exemplo, fue estimada de los Señores de aquella Casa, por su mucha virtud, muriò en ella santamente.

Perseverò, pues, el santo Maestro en esta Villa por la gran devocion, que estos Señores le tenían, y por ver quan rendidos estaban à su parecer, y consejo, en todo lo que tocaba al gobierno de su Estado, y de sus almas; y no por esto dexaba de predicar todos los Domingos, y Fiestas. Y aquí procurò que se enseñasse la Doctrina à los niños, porque en todos los Lugares que podia poner en esto gran cuidado; y así lo encomendaba à sus discípulos, quando los embiaba à algunos Lugares à predicar, y confesar. Y en este mismo tiempo leia una leccion de la Epistola Canonica de San Juan Evangelista, en la Iglesia del Monasterio de Santa Cathalina; y à esta leccion, entre otros oyentes, acudian la Marquesa de Priego, y Condesa de Feria su nuera, la qual iba mas alegre à oír esta leccion, que si fuera à todas las fiestas del mundo.

Logrò copiosamente la Condesa la residencia en Zafrá del Venerable Maestro, aprovechò grandemente con la doctrina de este siervo de Dios, y así platicaba muchas veces con ella en las confesiones, y fuera de ellas, dandole todos los documentos, y avisos que se requirieren para una vida perfecta. De modo, que en el estado de casada yà la encaminaba nuestro Señor à la perfeccion de vida, que pensaba tener de Monja, si nuestro Señor dispusiesse de la vida del Conde antes de la suya, como lo amenazaban sus continuas enfermedades.

Discurrió predicando por otras partes de Estremadura. En Fregenal predicò otra Quaresma, con gran fruto, confesando à quantos à él llegaban. Viniendo à fundar en esta Villa un Colegio los Religiosos de la Compania de Jesus, hallaron grandes memorias de la predicacion de este Apostolico Varon, y dos Sacerdotes exemplares, que siempre le oían los Sermones de rodillas, y una opinion asentada en aquel Pueblo de la virtud del Venerable Maestro, à quien llamaban Santo.

Tuvo el Venerable Maestro Avila en esta predicacion algunos sucesos dignos de saberse. Halliendo predicado en un Lugar de Estremadura, bolviendo à la tarde à Zafrá, y en su compania un hombre de apiè, divisaron de lexos quatro hom-

bres, dixo el mozo: Padre, este camino no está seguro de ladrones, bolvamosnos al Lugar, que aquellos hombres me parecen muy vellacamente. El Venerable Maestro le dixo: Hermano, no tema, confie en Dios, profigamos el camino: en llegando al puerto donde estaban los quatro hombres, metieron mano à las espadas, diciendo: Pàren, venga la bolsa. Al punto, sin acabar de desfembaynar, quedaron yertos, temblando, sin poder moverse; viendolos así el santo Maestro, les dixo: Hermanos, què han menester? Ellos, dexando las espadas, se hincaron de rodillas, y le pidieron perdón de su acometimiento, diciendo, que yendo à desfembaynar les diò un temblor, y temor tan grande, que se hallaron impedidos de sus movimientos. El santo Maestro les dixo: Gloria sea à Dios nuestro Señor: exortoles mucho à què dexassen aquella mala vida, y se bolviessen à Dios, y confesassen: prometieron la enmienda. Profiguiò su camino el santo Maestro, salvo, y seguro, dando gracias à Dios.

Estando en Zafrá el Venerable Maestro, saliò à predicar un día à un Lugar de la comarca, bolviendose à la noche, à media legua del Lugar de donde havia salido, oyeron el, y un mozo que llevaba, en una cañada, cerca del camino, unas voces lastimeras, suspiros, y queexas dolorosas: dixo

al mozo se llegasse à ver lo que era: à poca distancia viò algunos bultos, al parecer como hombres enlutados, que con grandes demostraciones de dolor se lamentaban. Preguntòles la causa, respondieron: Para què lo preguntais, pues vais en compañía de Avililla, que con el Sermon que oy predicò en el Lugar donde salisteis, nos ha quitado muchas almas, que teniamos por esclavas: El buen hombre se bolviò atemorizado, y temblando; dixole el Venerable Maestro: Tenga animo, hermano, confie en Dios, que es todo poderoso, y và con nosotros, y no hay que temer.

El sentimiento del demonio, de ver sacar las presas de las manos, que tenia por suyas, no fue solo en el suceſſo pasado. Cierto Cavallero, mal entretenido con una deuda suya, con no pequeño escàndalo, de oir un Sermon del Venerable Maestro, se hallò tan trocado, y resuelto de mudar vida, y no ofender mas à Dios, que luego saliò del Sermon, fue à su casa, y sin pararse à comer, se encerrò en una sala, y herido de un vehemente dolor de sus pecados, rebolvía en la memoria las ofensas que havia hecho à Dios, disponiendose para irse à confesar con el santo Maestro Avila. Estando todo en estas amarguras, y propósitos, entrò en la sala un hombre de buena disposicion, con apariencias que iba à tratar un negocio de importancia: à

pocos lances introduxo en la platica la persona del Venerable Maestro Avila, el Cavallero començò à decir grandes alabanzas de su doctrina, y fantidad, y de la eficacia que tenian sus palabras para encaminar almas al Cielo. El hidalgo introducido, dixo: Mucho me admira, que un hombre tan entendido como vuesa merced, se haya persuadido à creer esta fantidad fingida de esta hypocrita engañador; añadió otras razones de este porte para divertirle del proposito; pero el buen Cavallero tenia tan embebido en su animo el impulso del Espiritu Santo, comunicado por la doctrina del gran siervo de Dios, que con ella conociò la falsedad que le queria persuadir. Al punto se levantò, y dixo: Vayase de mi casa, que à mi no se me ha de hablar de esta manera. Prosiguiò santiguandose, diciendo: Jesus, Jesus mil veces, valgame Jesu-Christo, que haya hombre que tal diga! Enmedio de esta admiracion sonò un ruido como de un viento, que sopla recio en algun humero, y diò un golpe muy grande à la puerta de la sala, todo en un punto. Quedò el Cavallero solo, y conociò que era el demonio, con que tuvo por mas cierta su vocacion, y cobrò mas esfuerzo para proseguir su intento. Fue luego à dar cuenta al santo Maestro Avila de lo que havia passado: el le aconsejó como havia de haverse en semejantes tentaciones, aunque no

fuesen tan manifestas. Diòle el modo de disponer para la confesion que hizo con el Venerable Maestro, y una maravillosa mudanza de costumbres, y acabò su vida con grandes muestras de fantidad.

Otro Cavallero en Cordova, discipulo del Venerable Maestro Avila, y de los mas aprovechados con su doctrina, estando un dia rebolviendo en la memoria los santos consejos, que el Venerable Maestro le havia dado, y las mercedes que nuestro Señor le havia hecho, por haverlos admitido, y executado, viò entrar por la pieza donde estava un jumento de desmesurada grandeza, negro, y muy lanudo; y apenas le viò, quando le pareció que le havian metido una mano en la boca, y tirado tan recio àzia una oreja, que sintiendo gran dolor, le pareció le havian arrancado la quixada: acudiò con su mano al socorro de la parte ofendida, y diciendo: Ay Jesus! subitamente desapareció la bestia, y quedò sin genero de lesion. Fue el buen discipulo al Venerable Maestro, contòle lo que le havia passado, de quien recibió doctrina tan conveniente, que nunca mas fue molestado con semejantes inquietudes, y tentaciones.

El sentimiento de este enemigo con los discipulos, se mostrò con mayor furor con el Maestro. Fue declarada la enemidad, y persecuciones, que

los demonios le hicieron, así atormentándole muchas veces, por apartarle de sus santos ejercicios, y otras valiéndose para sus trazas de hombres perversos, y desalmados, para perturbarle, è inquietarle en su espíritu, y en el zelo, y aprovechamiento de las almas; pero el santo Varon, como valeroso Capitan, salia de todas las ocasiones vencedor, y no cessaba de noche, y dia de acudir à la salvacion, y provecho de las almas, y que el Señor fuesse honrado, y glorificado en todo.

CAPITULO XVII.

*SU PREDICACION EN ECIZA.*

**N**O fue menor el fruto de la predicacion de este Apostol santo en Eciza, que en las otras partes. El tiempo que llegó à esta Ciudad, como à las demás, ha sido dificultoso averiguarse despues de tantos años; y quando pudieramos ajultarlo, no era la importancia mucha, como ni las veces que estuvo en cada parte; porque en las Ciudades que dexamos escrito que predicò, no fue una sola, sino muchas veces, corriendo yà à una, y otra parte, bolviendo adonde havia estado primero, como entendia era mayor servicio de Dios,

y

y provecho de las almas; si bien ha parecido juntar los sucesos de un lugar por mayor claridad, y evitar la confusion que resultara de escribir cada cosa en su tiempo, quando fuera posible; esto advierto, porque algunos de los sucesos, que hemos de escribir en Eciza, precedieron à muchas de las cosas que dexamos vistas: en tanta obscuridad hemos escogido el methodo, que haga menos molestos los discursos. La verdad hemos procurado ajultar en todo, sin atender à tiempos.

Haviendo en esta Ciudad subido un dia à predicar, antes de comenzar el Sermon, ni santiguarse, asió el rostro del Pulpito con las manos, tentando si estaba firme, y pareciendole que no, hizo que le asegurassen, y dixo: Algun fruto se ha de hacer oy, y el demonio lo quiere impedir. En el discurso del Sermon, explicando un lugar de San Pablo, (en que tenia la excelencia que diximos) se encendió con tan gran fuerza, y espíritu, que muchas personas del auditorio le vieron salir centellas de fuego de la boca, y conocieron à las personas à quien havian tocado, y les vieron desde aquel dia en adelante tan gran mudanza, y trueco de vida, que fue una semejanza de la conversion de San Pablo; y una de las personas dicen fue Doña Sancha Carrillo, con que quedò como marcada, para la mudanza, que despues veremos.

Su-

Sucedio en esta Ciudad un caso raro: predicò el Evangelio con la obra, que es la mas eficaz eloquencia. Llegò à Ecija un Comissario à predicar la Bula de la Cruzada: mandò, como es costumbre, no se predicasse aquel dia en que havia de hacer la Publicacion. Fueron algunas personas graves, devotos suyos, al Venerable Maestro Avila, y le pidieron no dexasse de predicar el Sermon que tenia echado, que ellos facarian beneplacito del Comissario. Descuidaronse de hacerlo. Haviendo publicado la Bula con su Sermon ordinario, supo que en una Iglesia estaba predicando un Clerigo, partiò colerico; y en baxandose del Pulpito el Venerable Maestro Avila, le dixo: Ha sido muy grande atrevimiento predicar oy, haviendo yo mandado lo contrario; y sin esperar respuesta, alzò la mano, y le diò una bofetada en el venerable rostro. El con grande humildad se hincò al punto de rodillas, y con la mansedumbre de un cordero, y admirable paciencia, bolviò el rostro, diciendo: Empareje estotra mexilla, que mas merezco por mis pecados. Acudiò al caso la gente, que con clamor, y sentimiento advirtieron al Comissario lo que havia hecho. El sabiendo à quien havia injuriado (mejor dixera herido, que el Varon Justo sabe convertir la injuria en gloria) se arrojò en el suelo, pidiò perdon al Venerable Maestro, el le al-

zò, y abrazò con rostro alegre, y risueño, besòle la mano, y le perdonò, diciendo: Que mas merecia por sus pecados.

Una de las almas aventajadas, que tuvo en aquel siglo la doctrina del Venerable Maestro Avila, fue Doña Leonor de Inestrosa, muger de Tello de Aguilar, ambos de la mayor nobleza de Ecija. Posaba en su casa el Venerable Maestro Avila las veces que estuvo en esta Ciudad, y pagòles colmadamente el hospedaje. Cumpliose en ella lo que el Salvador promete en su Evangelio, que si en la casa donde fueren recibidos sus discipulos huviere algun hijo de paz, descansarà sobre el la paz; esto es, serà partcipe de los bienes, y gracias, que iban à comunicar al mundo. Fue rara la devocion de esta sehora à la Pasion de Christo nuestro Señor, y así se firmaba algunas veces, Leonor del Costado, por el tierno amor que tenia à esta rosa hermosísima, de donde se le comunicaron tantos bienes. Era muy temerosa de su conciencia; y aunque era lenguaje suyo muy usado, que nuestro Señor la amaba, dudaba ella de su amor para con el; y así el Venerable Maestro la escribió muchas cartas para templar estos demasiados temores, y esforzar su confianza; entre otras anda una al fin del primer tomo del Epistolario, muy eficaz para esforzar personas desmayadas, y desconfiadas. Comulgaba con

mucha devocion, y decia muy discretamente, que el dia de la comunion tenia gran reverencia á su pecho, por haver recibido en él á tan gran Magestad. Muriósele una hija de once á doce años al medio dia, trataron de enterrarla aquella tarde, recelando la pena, que como madre recibiria, teniendo el cuerpo difunto de la hija toda aquella noche en casa: el Padre Fray Luis de Granada, que en esta ocasion estava en Eciija, le dixo lo que pensaban hacer, y el motivo; ella le respondió: Padre, por que tengo yo de reusar de tener toda la noche un cuerpo santo en mi casa, como lo es el de esta niña: Despues le dixo, que fue tan grande la consolacion que su alma recibió, considerando, que aquella niña iba á gozar de Dios; que con ningunas palabras lo podia explicar, y que recibia gran pena con las visitas de algunas señoras, que venian á consolarla, porque le impedian algun tanto el gusto de aquella grande, y verdadera consolacion, en la qual quisiera estar ocupada noche, y dia: tan grande era la conformidad de su voluntad con la Divina; y así la premio nuestro Señor, pues la ocasion de mas tierno dolor la convirtió en consuelo.

No es de menor admiracion otro suceso. Estando Doña Leonor de parto, no se halló presente el Venerable Maestro Avila, que en estas ocasiones la acudia, como huésped agradecido con el favor

de sus oraciones. Viendose desamparada de este socorro, presentóse con el espíritu á nuestro Señor, con una profundísima humildad, y aquel Señor, que sabe agradecer el hospedage que se hace á sus siervos, asistió en lugar del santo huésped, y en el punto del mayor dolor, que se siente en los partos, ninguno sintió, porque el Señor, por su especial providencia, y amor que tenia á esta sierva suya, dispensó con ella en la pena en que están sentenciadas todas las mugeres en sus partos.

Y con ser tantas las virtudes de esta alma tan favorecida de Dios, no quiso su Magestad que falliese de esta vida sin una gran corona de paciencia, porque cinco años antes que falleciesse le nació un cancro en el pecho, que todo este tiempo iba siempre labrando poco á poco, con un humor tan maligno, que la carcomia hasta los mismos huesos del pecho, y en llegando al corazón le acabó la vida. De esta manera visita nuestro Señor algunas veces á sus escogidos: pagales grandes servicios, dandoles ocasion de una larga paciencia, para darles despues una gloriosa corona; mas es de ordinario á personas

que tienen virtud, y gracia para poder

con la carga.